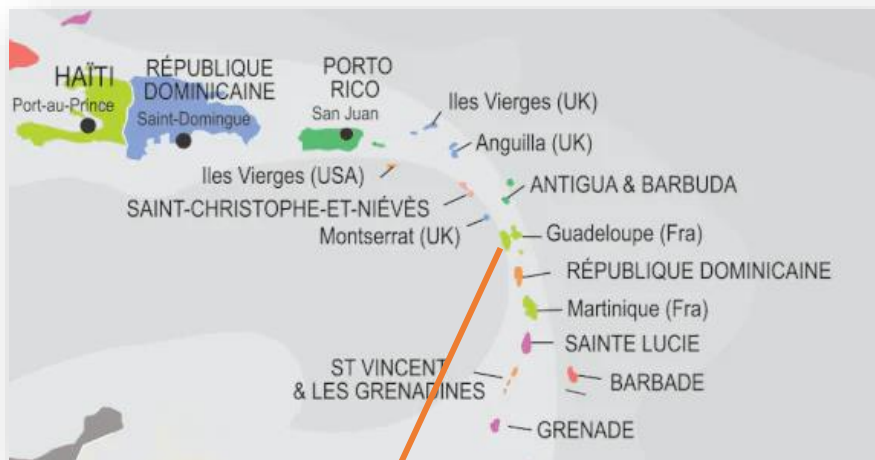


HERMANOS TESTIMONIOS DE ESPERANZA

3- HERMANO JACINTO FICHOU
(1813-1860)



Paysage de Guadeloupe



HERMANO JACINTO FICHOU, 1813-1860

Misionero del fuego entre los esclavos de las Antillas

La joven Congregación de los Hermanos de Ploërmel tenía apenas veinte años cuando fue llamada por el Gobierno francés para moralizar e instruir a las poblaciones de las Colonias, en particular a los esclavos. Durante cerca de 70 años, centenares de Hermanos entregaron sus energías, su salud y a menudo su vida al servicio de los más pequeños, los negros libres y los esclavos. ¡Cuántos esfuerzos realizaron para reconciliar a blancos y negros, amos y esclavos, mediante la evangelización y la instrucción de inspiración cristiana! Vamos a presentar a uno de estos humildes Hermanos que pasó 20 años en el clima ardiente de las Antillas, hasta agotarse por sus hermanos de Guadalupe. Se le recuerda con cariño, incluso 50 años después de su muerte: *«En Basse-Terre, el Hermano Hyacinthe, “nuestro Santo”, como le llamaba la gente, por sus palabras irresistibles, por su caridad inagotable...»*.

1- UNA INFANCIA EN UNA TIERRA DE FE Y TRABAJO



Plounéour-Ménez es un pequeño pueblo del Finisterre, en la punta de Bretaña. Se encuentra al pie de los Montes de Arrée (350 m de altura) y su paisaje es duro de trabajar, como sus rocas de granito. Los

habitantes cultivan la tierra, pero también complementan sus ingresos fabricando y vendiendo tejidos, sobre todo lino y cáñamo. Las familias más importantes pertenecen a la categoría de los juloded: además de su actividad económica, se ocupan del aspecto social y contribuyen a la construcción de las iglesias y los espléndidos recintos parroquiales con sus sugestivos calvarios de la región.

La familia Fichou vive en Plounéour-Ménez, concretamente en La Ville-Neuve, en el cantón de Saint-Thégonnec, cerca de Morlaix. El padre Guillaume y la madre Marguerite Crenn trabajan la tierra con sus cinco hijos, cuatro niños y una niña. Eran una familia trabajadora que había alcanzado un estado bastante acomodado. Siguiendo una tradición secular, practicaban su fe cristiana con fervor: Finistère es una región labrada por santos y venerables monjes, salpicada de signos cristianos. La Ville-Neuve conserva los restos de la antigua abadía de Relec.

Nuestro Yves nació en el seno de esta bonita familia el 28 de noviembre de 1813, nombre muy común en la región de Trégor y Léon, cuyo patrón es San Yves. Fue bautizado al día siguiente. Con sus hermanos, pasó una infancia tranquila en medio del campo y de fervientes tradiciones cristianas. Pero cuando tenía unos 10 años, lo encontramos en Pont-Croix, en el seminario menor. Los documentos nos dicen que permaneció allí 8



años, realizando sus estudios, hasta la clase de segundo, tras lo cual regresó a casa. ¿Cómo se explican estos hechos? ¿Habrían invertido los padres parte de su patrimonio para dar a uno de sus hijos una educación de alto

nivel, que le permitiera ejercer una profesión que beneficiara a la familia? ¿Se sintió el joven Yves atraído por una vocación eclesiástica, tal vez interrumpida por la falta de recursos? En cualquier caso, sus años en el seminario de Pont-Croix resultarán providenciales para su futuro: la instrucción religiosa y la formación que recibe serán inestimables para su labor de evangelización en las misiones.

Tras dejar el seminario, pasó años buscando un plan para su futuro. Yves ayudó a su familia y adquirió experiencia laboral con algunas de las principales familias e instituciones religiosas de la región. Sin embargo, no veía claro su futuro, como si esperara una señal de la Providencia. Esta señal vino de un Instituto muy joven, fundado por el abate Jean-Marie de la Mennais, que había abierto cientos de pequeñas y medianas escuelas para la instrucción y evangelización de los niños, especialmente los más pobres. Este Instituto respondía plenamente al deseo de Yves y su pasado era una preparación perfecta para esta misión.

2- EN EL CORAZÓN DE LA CONGREGACIÓN DE LOS HERMANOS DE LA INSTRUCCIÓN CRISTIANA

El joven Yves -tenía 26 años- se dirigía a Ploërmel, la pequeña ciudad del centro de Bretaña donde se estableció la sede de los Hermanos, animado por la presencia del Fundador. La separación de su familia le costó muchas lágrimas, que pronto fueron enjugadas por la alegría de haber encontrado por fin su camino. Comenzó su noviciado sin demora, en el otoño de 1839. Tomó un nombre que se haría glorioso: Hermano Jacinto. Como tenía una muy buena preparación cultural, el estudio de las materias y la preparación pedagógica se realizaron rápidamente. Se dedicó al

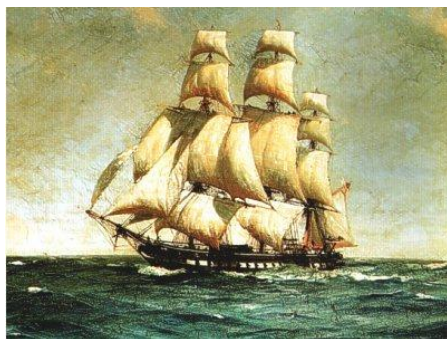
estudio de la Regla y a la formación espiritual y apostólica, siguiendo el espíritu del Instituto. Le acompañaban santos y doctos Hermanos, como el Hno. Hipólito y el Hno. Bernardino, y venerables sacerdotes, como el abate



Ruault y, sobre todo, el padre de la Mennais.

Ingresó en la escuela en octubre y estuvo listo para su primera colocación en Séglien, cerca de Pontivy, a principios de 1840. Hizo unos meses de aprendizaje en una de estas pequeñas escuelas parroquiales, donde se colocaba a un Hermano solo, en colaboración con el rector. Aprendió a tener un buen dominio de los alumnos y a estar bien preparado para dar explicaciones sencillas de la doctrina cristiana. Al final del año escolar, volvía a Ploërmel para un retiro y para profundizar en la Regla, con la alegría de conocer a los demás Hermanos del Instituto y de vivir en unión fraterna. En octubre de 1840, encontramos al Hermano Jacinto en la lista de los Hermanos listos para partir hacia las Antillas. [A la cabeza de esta

lista de misioneros estaba el «santo» Hermano Zoël, que no partiría, sino que daría su vida a los 32 años en heroico servicio a los niños y a los pobres]. Se trataba, pues, de una elección muy concreta para ir en misión a territorios difíciles y peligrosos, porque el Fundador sólo quería enviar



voluntarios. El Hermano Jacinto se preparó espiritualmente según las exhortaciones del Padre de la Mennais: *«¿Tendría miedo un Hermano de cruzar los mares para ir a salvar almas? ¡Oh, qué bien podéis hacer a los jóvenes corazones confiados a vuestros cuidados por el amor de Dios! Seréis los ángeles de la guarda de las almas de los niños»*.

3 - LOS HERMANOS MISIONEROS EN LAS ANTILLAS: UN MUNDO ESPLÉNDIDO Y DRAMÁTICO POR DESCUBRIR

El 18 de noviembre de 1840, el Hermano Hyacinthe abandonó Ploërmel en compañía de otros nueve Hermanos, bajo la dirección del Hermano Ambroise Le Haiget, que había sido nombrado Director General de los Hermanos en las Antillas. Ambroise Le Haiget, que había sido nombrado Director General de los Hermanos en las Antillas. Se embarcaron en la fragata L'Andromède, que zarpó el 12 de diciembre rumbo a Guadalupe:

días de vientos favorables y otros de tempestad. Llegan a La Basse-Terre, capital de Guadalupe. Los recién llegados empiezan a descubrir su nuevo entorno: ¡un país espléndido y dramático al mismo tiempo!

La vegetación es floreciente, el clima ardiente, las cosechas abundantes. Pero también hay peligros imprevisibles y graves: las epidemias de fiebre amarilla no perdonan a nadie, sobre todo a los europeos; los huracanes destruyen casas en poco tiempo y suelen ir seguidos de grandes incendios; el suelo volcánico provoca terremotos y erupciones, que pueden causar miles de víctimas.

La población, de unos 120.000 habitantes, se divide en tres clases:

1- *La población blanca*: los amos de esclavos (o colonos), el personal administrativo, el clero, los grandes terratenientes y los comerciantes: representan alrededor del 5% de la población total.

2- *La población de color libre o liberada*: trabajadores autónomos, pequeños comerciantes, artesanos, agricultores autónomos, pescadores. Constituían la mayoría de los habitantes de los pueblos y pequeñas ciudades. Representan el 10% del total.



Viviendas de esclavos

3- *Los esclavos*, descendientes de las antiguas poblaciones africanas deportadas de África, que constituían la masa de mano de obra en las explotaciones de caña de azúcar, café, algodón y cacao. Vivían directamente en el interior de las «habitations» (nombre dado

a las granjas), en chozas pobres. Sus familias son muy inestables y se consideran propiedad de sus amos. No tenían derechos: eran «cosas» móviles, al mismo nivel que los animales. Para alimentarse, cultivan un pequeño trozo de tierra durante unas horas los domingos o durante breves

periodos entre semana. Constituyen el 85% de la población, unas 95.000 personas.

En conjunto, estas tres clases forman una sociedad con fuertes tensiones sociales. Los blancos quieren conservar su poder utilizando la fuerza y las leyes a su favor. Los esclavos albergaban una sumisión llena de rabia y sentimientos de venganza, que estallaron en revueltas,



Esclavos en el trabajo

envenenamientos, robos, huida de sus hogares en el interior de la isla (marronage), etc. La represión llevada a cabo por los colonos fue a menudo terrible y sangrienta, pero no hizo más que alimentar la cadena de violencia. Los libertos de color formaban la clase libre con la que se podía contar para empezar a construir una sociedad basada en el respeto y el imperio de la ley: mediante el trabajo libre, la educación, la práctica de la religión y la democracia. A través de ellos, los Hermanos iniciaron su misión de evangelización y civilización.

La *situación religiosa* de la Iglesia en Guadalupe necesitaba un nuevo impulso, sobre todo en la evangelización de los esclavos, pero también en la instrucción religiosa y la práctica de los sacramentos para la población liberada. En las filas del clero había algunos sacerdotes santos, llenos de celo pastoral, pero muchos curas luchaban por liberarse de la influencia de los colonos, acercarse a los esclavos y proclamarles la Buena Nueva y su dignidad de hijos de Dios. Sobre todo porque los esclavos trabajaban siempre para sus amos, que no les dejaban tiempo para dedicarse a la instrucción religiosa y a la práctica de los sacramentos.

Concluyamos esta presentación con el testimonio de los primeros Hermanos que llegaron a las Antillas. *“Los colonos son gentes sin fe y sin ley, que ocupan la más alta región de la superioridad; son impíos y poseen a los negros esclavizados, que son mirados y tratados por sus amos como bestias y seres sin alma e incluso se niegan a que se les enseñe el catecismo o a hablar de religión...”* (Hno Ambroise) *»Algunos blancos afirman que se cortarían la cabeza antes que dejar que sus hijos se sienten en clase en los bancos...* (Hno Ambroise) *«Algunos blancos afirman que les cortarían la*



cabeza antes que dejar que sus hijos se sienten en las mismas aulas que los niños de color. Los bequets (blancos) están convencidos de que esta clase negra es incapaz de comprender nada; según su sistema, son brutos». (Hno Saturnin) *«Hay tantos esclavos, que se les considera como*

verdaderos animales; cuando cometen algún error, se les golpea de la manera más atroz; sólo se les da dos horas para alimentarse, sábados y domingos; así que los domingos apenas hay nadie en la iglesia». (Hno Nicomède) *«Fuimos testigos de una escena muy dolorosa: tres esclavos negros, condenados por robo, recibieron 29 latigazos en la plaza pública...»* (Hno Arsène) *«Viste a lo lejos un rebaño que subía bastante deprisa por una ladera escarpada, seguido por un hombre armado con un bastón mediano, muy flexible, y un buen látigo, que utiliza para trabajar. Se alinean como grullas: toda la árida sabana se convierte rápidamente en buena tierra productiva y el látigo no se deja doblar sobre el hombro. Lleg a la mediodía. Tienen que espigar un poco de hierba. La cena no tarda en estar lista. Los mismos cambios que por la mañana. Lleg a la hora de descansar: unos trapos extendidos en el suelo o en la tierra desnuda forman su lecho.* (P. Marcelino) *«Casi todos los colonos son como tigres con sus esclavos; ahora que se habla de emancipación, redoblan su crueldad. Se*

vengan de la comida: estos pobres desgraciados se consumen día a día».
(Hno Elric)

4 - EN LA AGITACIÓN DE LA MISIÓN EN GUADALUPE: PRUEBAS Y ESPERANZAS

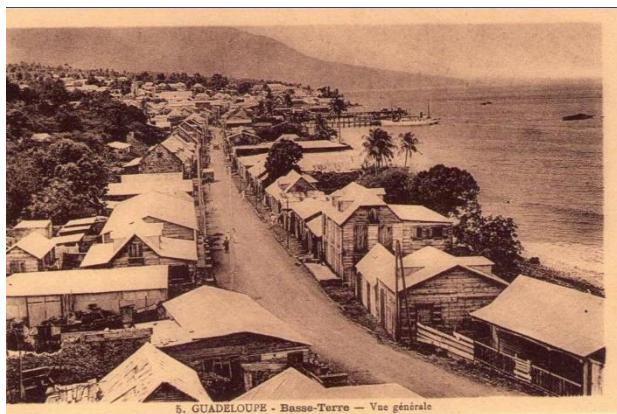
En este contexto, tan difícil desde todos los puntos de vista, no es de extrañar que los primeros tiempos de los Hermanos en las colonias de las Antillas fueran complicados e incluso aparentemente un fracaso. La primera comunidad pagó un alto precio por su impacto en este mundo peligroso y a menudo hostil. El primer Director, el Hermano Antonin, un Hermano santo y experimentado, cayó fulminado por la fiebre amarilla. Otros Hermanos no pudieron resistir el cambio de aires y los peligros y abandonaron el Instituto. Nuevas oleadas de Hermanos, «verdaderos batallones de santos», arraigan en Guadalupe y Martinica, y las escuelas se establecen y se ganan la estima de la población, sobre todo de los libertos y del clero, todavía bastante frío hacia el nuevo Instituto. En enero de 1841 llega el Hno. Ambrosio. En enero de 1841 llega el H. Ambrosio, director general, que sustituye al fundador en las Antillas. Su autoridad, a veces un poco áspera, apoya a los Hermanos en su respeto a la Regla y les anima a lanzarse al apostolado. Para obtener una mejor animación espiritual en las escuelas y comunidades, el Hermano Ambrosio pidió al Padre de la Mennais que enviara a las colonias a un sacerdote de Bretaña, el Padre Evain. Evain desembarcó en las Antillas, pero su presencia resultó un fracaso. Apoyándose en el descontento de algunos Hermanos con el Hno. Ambrosio, se pone a la cabeza de la revuelta contra éste y concibió el proyecto de convertirse en Superior de los Hermanos de las Colonias. Afortunadamente, el Fundador descubrió pronto esta cábala y confirmó al H. Ambrosio al frente de la misión, desautorizando al abate Evain, que huyó a otras islas. Poco a poco volvió la calma: los Hermanos reconocieron la autoridad y aumentaron su estima por el Hermano Ambrosio, que había superado esta dolorosa prueba. A



partir de ese momento, la misión podía reanudarse y Dios la bendeciría: había sido fecundada por las pruebas, el dolor e incluso los duelos de cuatro jóvenes Hermanos, víctimas de las epidemias de fiebre amarilla: ellos serían «los protectores de la hermosa misión de las Antillas». Nuestro Hermano Jacinto, que también se vio envuelto en esta confusión, apoyó siempre a su Director General. Escribió al Padre: «Mientras el Hermano Ambrosio esté investido de algunos de sus poderes, le dedicaré una obediencia ciega». Ahora iba a entregarse aún más completamente a su santa misión.

5 - LOS INICIOS DE LA MISIÓN DE Fr. HYACINTE EN BASSE-TERRE: ESCUELA, INSTRUCCIÓN RELIGIOSA, PRIMERAS COMUNIONES

El Hno. Hyacinthe fue llamado a la comunidad de La Basse-Terre, en Guadalupe, la primera fundada por los Hermanos en las Antillas. El Director, el Hermano Frédéric, agotado por la disentería, tuvo que

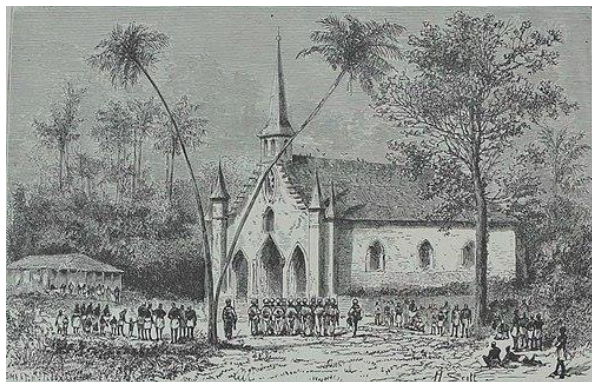


trasladarse a la isla de Marie-Galante, donde el clima le convenía mejor, dejando su lugar al Hno. Hervé Monnerais. Al principio, el Hermano Hyacinthe se hizo cargo de la clase «de pago», una treintena de alumnos que se

beneficiaban de un nivel de enseñanza superior: era una forma de contribuir a los recursos de la misión, que lo necesitaba todo. Al mismo tiempo, se reconocía el buen nivel de su preparación cultural. Una enfermedad obligó pronto al Hermano Daniel, encargado de la clase de los niños, a ser ayudado por nuestro Hermano Hyacinthe. Lo que hizo con gran alegría. Aún le quedaban cosas por aprender. Recibió con docilidad los consejos del Fundador: *«Esfuézate en tratar bien a los niños y en tomar sobre ellos todo el control necesario para mantener un perfecto orden en*

tu clase: en este punto, sigue los consejos que te den tus superiores». De hecho, se inclinaba a dirigir a sus alumnos más con paternidad y misericordia que con rigidez y severidad: de este modo era muy seguido, porque era muy querido. Pronto adquirió esa autoridad firme, suave y paternal que siempre le distinguiría.

Además de la enseñanza ordinaria, los Hermanos empezaron a dedicarse a la evangelización directa: los alumnos que deseaban recibir la Primera Comunión necesitaban una preparación específica. Estos jóvenes eran principalmente libertos de color y algunos blancos de familias cristianas. Durante varios meses, vuelven a la escuela por las tardes para aprender la «doctrina» cristiana. Entre ellos se mezclaban adultos y ancianos que querían aprovechar esta preparación para recibir la Primera Comunión: ¡no habían tenido la oportunidad de recibirla en su vida!



Catequesis en los hogares

Cientos de personas se agolpaban en la gran capilla del colegio o incluso en la iglesia. Los Hermanos, en estrecha colaboración con los párrocos, explicaron con sencillez las preguntas y respuestas del Catecismo. El Hermano Hyacinthe era el alma de estas instrucciones

religiosas vespertinas que, siguiendo su ejemplo, se repetían por todas partes. El austero Hermano Ambroise confesaba: *«El Hermano Hyacinthe: un pequeño y un gran santo: hace maravillosamente la instrucción vespertina, donde hay más de 200 personas; es admirable, si se puede ver, y los resultados no pueden ser más edificantes».* Esta reunión vespertina se enriqueció pronto con nuevas iniciativas: *«Celebramos el mes de María para nuestros alumnos, y también lo hacemos todas las tardes en nuestra capilla, donde se reúnen unas 200 personas».*

Entre las dificultades iniciales estaba también la composición de las comunidades. Los Hermanos enfermaban con facilidad y tenían que ser sustituidos o trasladados. Otros Hermanos, bajo el impacto de la sociedad colonial, habían aflojado un poco en la observancia de la Regla. La lejanía de su país, la ausencia del Padre Fundador -a pesar de una estrecha correspondencia- creaban a veces un clima de desánimo y nostalgia. El Hermano Hyacinthe se encontró a gusto en la comunidad y aportó un impulso moral y apostólico: *«¡La comunidad de Basse-Terre marcha maravillosamente bien y el Hermano Hyacinthe lleva la alegría a todas partes!»*

El director de la comunidad era el Hermano Hervé: un Hermano de buena voluntad; tenía un carácter muy abierto, con fáciles contactos con la gente, las autoridades y el clero. Tenía buena voz y solía ir a las parroquias a cantar en las ceremonias. Desgraciadamente, pasaba demasiado tiempo fuera, descuidaba su comunidad, no seguía la educación espiritual de sus alumnos y no siempre era fiel a la Regla. El joven Hermano Hyacinthe -tenía 29 años- aportaba celo, observancia y unión a su comunidad: todos, superiores y cohermanos, tenían absoluta confianza en él y, en cierto modo, era el punto de referencia: ¡llevaba la alegría a todas partes!

6- UN APOSTOLADO QUE SE EXTIENDE A NUEVOS CAMPOS: **LA CONGREGACIÓN MARIANA Y LAS CARTAS**

En las diversas actividades, tanto dentro como fuera de la escuela, el Hermano Hyacinthe era realmente el eje. Sustituyó al Hermano Daniel en una clase de 86 nietos; fue el alma de las instrucciones vespertinas; preparó para la Primera Comunión. Para ello, los Hermanos organizaron un retiro muy fervoroso de cuatro días: los niños estaban muy recogidos, el día estaba lleno de oraciones, instrucciones y lecturas piadosas. Los Hermanos estaban siempre con ellos: les servían en la mesa (el Hermano Ambroise era el primero en servirles), les ayudaban en el dormitorio. Los domingos iban a la iglesia en procesión, con las niñas guiadas por las

Hermanas de Cluny. *«El santo día de la Primera Comunión, se renovaban los votos bautismales con la mano en el Evangelio. La ceremonia fue muy fervorosa y edificó a los celebrantes y a la congregación. Al día siguiente, los comulgantes no quisieron separarse de sus amos y les dieron las gracias oficialmente en presencia del Prefecto Apostólico».*

El Hno. Hyacinthe estaba muy satisfecho del ímpetu espiritual de los jóvenes comulgantes. Al mismo tiempo, le preocupaba su



perseverancia en la práctica de los sacramentos. No se les podía abandonar. En Bretaña, había conocido las Congregaciones Marianas: asociaciones que seguían regularmente los jóvenes durante años y les apoyaban en su

formación cristiana. Así que pensó en importarlas también en Guadalupe: habría reunido a jóvenes voluntarios para la oración, la enseñanza religiosa, el examen semanal y la celebración de la misa en la parroquia.

Los congregacionistas se comprometían a consagrarse a la Santísima Virgen, según la espiritualidad de San Luis de Montfort: seguían un reglamento, asumían responsabilidades asociativas con elecciones adecuadas, se comprometían a la ayuda mutua, incluso material, con una suma modesta. Así habrían asegurado su perseverancia y se habrían convertido en los líderes de sus compañeros.

Naturalmente, el Hermano Hyacinthe asumió la responsabilidad de esta hermosa Asociación, que empezó a crecer: varias decenas de jóvenes asistían y otros se les unían. Para dar signos de pertenencia y desarrollar la devoción a la Virgen, el Hermano Hyacinthe, como buen educador, insistió en obtener imágenes, fórmulas de consagración y medallas del Fundador.

Nuestro Hermano, no satisfecho aún, había previsto también otro medio de ayudar al camino de la fe, sobre todo con los que habían abandonado un poco su fervor inicial. No podía reunirse con ellos en el colegio, ¡pero podía escribirles una carta personal! Tras obtener el permiso de los superiores y del rector, empezó a escribir largas cartas a cada uno de sus antiguos comulgantes, para despertar su ímpetu espiritual y hacerles volver al redil.

El Padre de la Mennais seguía de cerca sus iniciativas apostólicas: le pedía continuamente detalles, leía sus cartas a los Hermanos, hablaba de ellas en Bretaña y las presentaba a los ministros del Gobierno. El Hno. Hyacinthe respondía con largas cartas llenas de información y de pasión pastoral. Para el Fundador, era una excelente manera de transmitir el fervor apostólico a su joven Instituto y de llamar a nuevos misioneros. Y él mismo recibía una información inestimable que le permitía dar indicaciones precisas, ajustar las dificultades y elaborar otros proyectos.

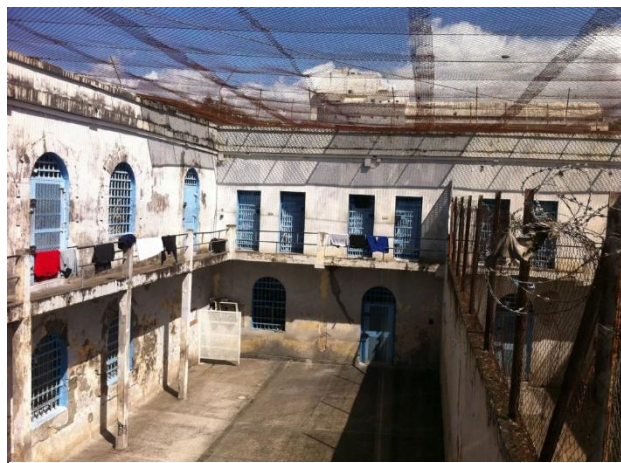
7. LAS MISIONES «EN MOVIMIENTO» EN LA SOCIEDAD ESCLAVISTA: ENTRE LOS PRISIONEROS EN LA CÁRCEL Y LOS ESCLAVOS EN LAS VIVIENDAS

Todas estas actividades, por muy exigentes que fueran, no bastaban para el corazón apostólico del Hermano Hyacinthe. Cuando recorría la ciudad o, en sus raros paseos con sus hermanos, exploraba los alrededores, se quedaba impresionado por la degradación que encontraba. *«En la cárcel hay una multitud de presos: la mayoría de ellos nunca han oído hablar de Dios. En las casas, los esclavos están abandonados y los amos también necesitan instrucción»*. Estos dos campos de misión se abrieron a su celo.

En la cárcel, 150 presos cumplían condena. Vivían en condiciones de abandono, enfermedad y, sobre todo, sin el consuelo de la fe. Algunos llevaban cadenas. El Hermano Hyacinthe fue primero a ayudar al capellán. Iba a la cárcel los domingos y los miércoles para dar catequesis durante una

hora. Proclamaba la buena nueva a todos, hombres y mujeres, esclavos y hombres libres, y llevaba imágenes que reconfortaban a los presos: *«Con gusto pasaría todo el día proclamando el reino de Dios a una multitud innumerable de personas sumidas en las tinieblas y en la sombra de la muerte»*.

El Hermano Arsène, ardiente misionero que murió muy joven de agotamiento, acompañaba de vez en cuando al Hermano Hyacinthe a la cárcel: *«Unas palabras sobre la instrucción impartida en las cárceles de Basse-Terre por nuestro buen Hermanito Hyacinthe. Esta instrucción está haciendo un bien inmenso. Este buen Hermanito ya ha conseguido preparar para la Primera Comunión a varios condenados a más de diez años de prisión. Otros se muestran todavía muy asiduos a sus ejercicios religiosos: lo sé por el capellán.»* También tenía previsto organizar talleres para los



Prisión de Basse-Terre

presos y dedicar tiempo a las clases de catecismo durante las horas de trabajo. El apostolado en la cárcel se desarrollaba y se veían los frutos. *«Los presos son generalmente exactos. Estos pobres desgraciados, que nunca habían oído el sublime lenguaje de la religión, cumplen con su deber en cuanto lo conocen. El conserje me*

dice que está satisfecho. Ya no puede castigarlos por insubordinación; son más respetuosos. Los que salen de la cárcel ya no se arriesgan a volver: no habrían vuelto si hubieran conocido las verdades de la religión». El Padre de la Mennais deseaba tener información muy detallada sobre esta singular misión, casi única en la historia del Instituto.

El otro campo misionero era aún más difícil. Se trataba de la evangelización, en el sentido estricto de la palabra, y por consiguiente de la moralización de decenas de miles de esclavos en todas las Colonias. Había que ir entre ellos a sus «habitations» (plantaciones), ganarse su aceptación, vencer la desconfianza y la oposición de los colonos y la



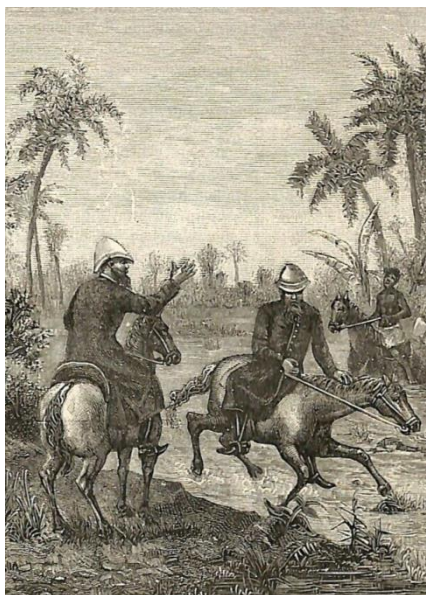
Vivienda de esclavos-fábrica de azúcar

indiferencia de gran parte del clero. Y tuvieron que afrontar peligros, en un clima feroz, con fatiga y sacrificio, hasta dar la vida por un gran número de Hermanos, incluso muy jóvenes. Esta aventura misionera fue una epopeya heroica para

el joven Instituto, que apenas tenía veinte años. El Hermano Hyacinthe fue uno de los primeros pioneros de esta gloriosa historia.

Los comienzos fueron muy sencillos. *«Aprovechábamos las vacaciones para «pasear» por las colinas. Fuimos dos veces. La primera vez, por invitación del vicario parroquial, fuimos a la casa: reducimos media hora al trabajo en el taller y la dedicamos al catecismo. Dividimos el taller en tres grupos: hombres, mujeres y niños. Estábamos satisfechos de esta morada de 98 esclavos y ellos parecían satisfechos de nosotros. Quince días después volvimos al mismo lugar con el mismo afán y satisfacción. El encargado de otro taller vino a pedirnos que fuéramos a su casa para enseñar a sus esclavos.»* Poco a poco los Hermanos, especialmente el Hermano Hyacinthe, fueron entrando en las casas. Los amos, viendo los beneficios del catecismo, ya no ponían obstáculos a la venida de los Hermanos: se les deseaba y se esperaba con impaciencia; incluso había algunos celos entre las casas visitadas y las demás.

La evangelización de los esclavos, que había comenzado con calma, empezaba a estabilizarse. El Hermano Hyacinthe abrió este nuevo camino. *«El 25 de junio empecé a catequizar en casa a un taller de 150 esclavos, según lo acordado con su amo: dos veces por semana tienen 40 minutos de catecismo. Este buen amo está muy contento de que se enseñe a sus esclavos: me envía un caballo para ir y volver de su casa». La instrucción fue tomando forma poco a poco, aunque era muy sencilla. «Me limitaba al catecismo, al rosario y a cantar algunos himnos».*



Tras estas primeras tentativas, la gente empezó a darse cuenta de la importancia de esta evangelización directa de los esclavos: podía transformar a una masa de individuos ignorantes, explotados casi hasta el nivel de animales, en un pueblo consciente de su dignidad y de sus deberes de ciudadano. El medio que podía llevar a cabo esta revolución social era la religión, llevada al corazón de esta masa por los Hermanos catequistas. Al principio, el Hermano Ambroise se mostró reacio a embarcarse en esta nueva y audaz aventura debido a los peligros a los que se exponían sus Hermanos; pero luego abrazó la causa de todo corazón: *«La religión, por encima de todo, forma al hombre para el trabajo voluntario y la moral suave. En pocos años podríamos crear un pueblo completamente nuevo y agrícola. Se necesita dulzura y celo y los esclavos se te pegarán. Desde que se enseña la religión en estas partes, se han fomentado los matrimonios, ha mejorado el trabajo y la vida personal de los negros ha adquirido dignidad.»*

Ante este cambio, el clero admira el trabajo de los Hermanos y los llama por todas partes para difundir este nuevo apostolado. Los primeros

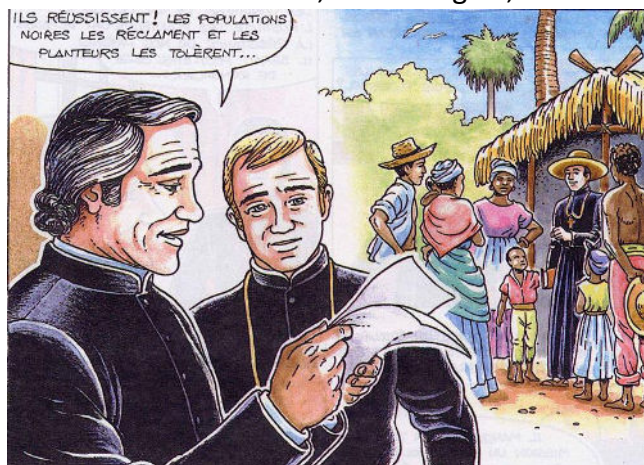
Hermanos catequistas, el Hermano Arthur en Martinica y el Hermano Hyacinthe en Guadalupe, habían llevado a cabo una labor apostólica que dejó a todos asombrados. *«Los catequistas sienten un gran consuelo y están teniendo un gran éxito. Cuando se dé el impulso, el bien será muy notable».*

8- HERMANO JACINTO: HERMANO CATEQUISTA EN LAS CASAS

Tras las primeras iniciativas espontáneas de algunos Hermanos, en 1846 la administración colonial aprobó la institución de Hermanos catequistas, de acuerdo con el Prefecto Apostólico y los Superiores del Instituto. Estaban en contacto regular, se dedicaban a tiempo completo a la evangelización en los hogares -aparte de breves lecciones para los hijos de los esclavos- y se les proporcionó un caballo para que pudieran llegar a un mayor número de hogares. Los Hermanos catequistas empezaron a extenderse por toda Guadalupe: las Hnas. Frumence en Capesterre y Trois-Rivières, Timoléon en La Pointe-Noire, Donatien en Le Moule y Ste-Rose, Anastase en Le Moule y La Désirade, Elric en torno a La Basse-Terre, Herman-Marie en Canal, Célerin en Marie-Galante, Attale-Marie en Le Lamentin, Aristide en Ste-Rose y Camp-Jacob, Camille en Gourbeyre, Richard-Marie en torno a La Pointe-à-Pitre y Baie-Mahault... En Martinica, los Hnos. Marcellin, Arthur, Fenin, Judoce-Mie, Polyme, Lambert, Jean-Pierre, Bonaventure-Mie, Urbain catequistas en Fort-de-France, François, Vauclin, Rivière-Pilote, Carbet, Saint-Pierre...

El Hermano Hyacinthe comenzó en los asentamientos cercanos a Basse-Terre, que ya conocía. Era responsable de 24 casas: en Baillif, Gourbeyre, Camp-Jacob, Matouba y Extra-muros (Saint-Claude). Las visitaba cada semana o cada quince días, según el ritmo del trabajo, ligado sobre todo al cultivo de la caña de azúcar. Sigamos a nuestro Hermano a lo largo de su jornada de catequista.

Prepara su modesta comida en una pequeña bolsa. Lleva fotos y medallas para repartir. Cabalga con algunas dudas: no está acostumbrado y los caminos son malos. Hay que cruzar torrentes, ¡donde al caballo le cubre medio cuerpo! Implora la ayuda del Cielo para su apostolado con oraciones: Veni Creator, Salve Regina, Ave Maris Stella, letanías de los

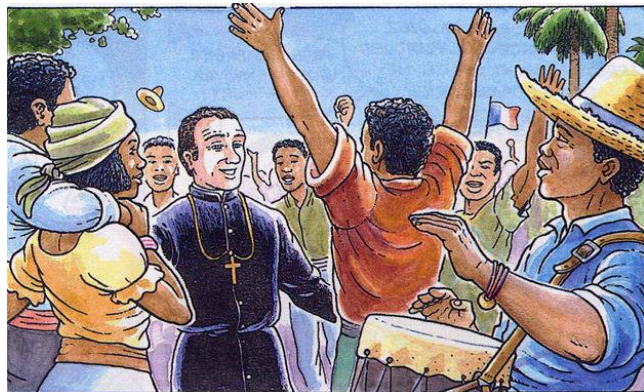


Santos y los 7 Salmos de la Penitencia. Llegó a la primera casa. Todos tenían prisa por llegar al catecismo, incluso los ancianos, encorvados por la maleza y el peso de los años. “Empiezo con la señal de la Santa Cruz y las oraciones: Ven,

Espíritu Santo, Padre Nuestro, Ave María, Creo en Dios, Confieso a Dios, Dios mío, Voy a escuchar atentamente el catecismo. Les enseño las oraciones, los mandamientos, el rosario y algunas lecciones de catecismo con una breve explicación. Muchos no han sido bautizados. La mayoría de estas almas no saben para qué están en la tierra. Les cuesta creer que tienen un alma creada a imagen de Dios y hecha para conocerle, amarle, servirle y poseerle después de esta vida, si cumplen sus mandamientos.”

A los desafortunados esclavos, el Hermano Hyacinthe les habla de sus derechos y deberes como hijos de Dios, del amor infinito de Jesús, de su pertenencia a la fraternidad de los hombres, de las alegrías infinitas del Paraíso, mientras que la representación de los sufrimientos del Infierno suscita un temor saludable. Para comunicarse con esta gente sencilla, el catequista se adapta a su comprensión: utiliza su lengua criolla, toma prestadas imágenes de su vida cotidiana, reparte pequeños premios y dibujos. Al cabo de una hora, hay que reanudar el trabajo interrumpido: algunas oraciones y un himno final (*a menudo el monfortiano «Je mets ma*

confiance, Vierge, en votre secours») que los esclavos repiten mientras se esparcen por los campos.



«El Hermano Jacinto volvió a montar en su caballo para llegar a otra casa, y fue de nuevo la hora del catecismo, durante cuatro o cinco veces, a lo largo de todo el día, salvo un descanso a mitad de la jornada. A

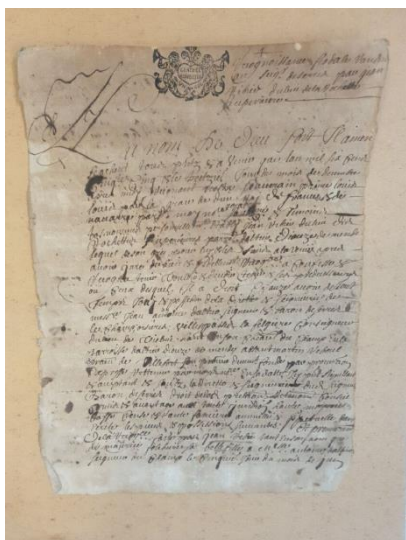
la sombra de un árbol, comía su modesto almuerzo y se recogía en un momento de oración personal». Por la tarde, regresa a la comunidad. Y eso no es todo: es él quien coordina la enseñanza religiosa vespertina y es sobre todo a él a quien se espera. A menudo, la capilla no es lo bastante grande y hay que ir a la iglesia parroquial.

9- LA CRONICA DE LA EVANGELIZACION EN LAS CARTAS DEL Hno. JACINTO: 1846

Al Fundador, que deseaba tener noticias de este nuevo apostolado del Instituto, el Hermano Jacinto respondía con cartas muy detalladas. En particular, los archivos de la FIC conservan una larga carta de 8 páginas, fechada el 18 de febrero de 1846, en la que da cuenta de sus visitas a dos casas. En la primera, ya empezaba a vislumbrar algunos frutos de su labor evangelizadora; en la segunda, aún estaba en los comienzos. Transcribamos algunos pasajes.

Primera casa «Bolonía

«El taller es exacto y empieza a tener tintes de las verdades de la religión. Primero pido la letra del catecismo, luego lo explico. Por medio del catecismo podemos explicar al hombre sus obligaciones para con su Creador, para con sus semejantes y para consigo mismo. Es un resumen del Evangelio. Señalo los abusos que hay que reprimir, los daños que causa el pecado, para inspirar el aborrecimiento del vicio y el celo por la virtud. Muestro la paz que la acompaña incluso aquí abajo y la recompensa eterna. Explico con sencillez, entrelazando comparaciones y parábolas del Evangelio



«Tengo la satisfacción de ver a los esclavos adoptar una actitud mejor. Cuando alguien está enfermo, nos aseguramos de que el sacerdote venga a administrar los sacramentos. Hace poco hubo dos bodas el mismo día, y espero que otros se impliquen. El dueño me ha dicho que está satisfecho con sus esclavos. Rezan juntos, mañana y tarde, de forma edificante. El trabajo ya no es forzado por el castigo, es voluntario y creo que el comandante ya no está en condiciones de dar el más mínimo latigazo. Mientras trabajan, cantan las alabanzas del Señor y

sus voces resuenan por todas partes. Me repiten: ¡Gracias, Hermano, gracias, Hermano!

El dueño me dice que han desaparecido los robos, la huida, las peleas y las disensiones. Los domingos están santificados y la mayoría, vestidos con sencillez, se reúnen en la casa del Señor para asistir a los oficios divinos, cuidando de aprovechar las horas libres de la semana para cultivar sus huertos. El orden y la limpieza reinan dentro y alrededor de sus chozas.

Lo que les queda por hacer es comprometerse en matrimonio y hacer la Primera Comunión. 5 de ellos ya lo han hecho...».

En esta carta se puede tocar con el dedo la admirable transformación operada por la evangelización. En la segunda carta se pueden empezar a vislumbrar las primeras chispas de luces.

"El catecismo se hace todos los domingos regularmente, pero con poca gente y un clima de rebelión hacia el maestro, que pidió la intervención de los gendarmes. Entonces hablé fuertemente de la necesidad de instruirse, del terrible recuento que se hará un día de tantos medios de salvación... El domingo siguiente todo volvió al orden. Ahora las madres vienen con sus pequeños en brazos. Paso una hora en la capilla para catequizarlos. Terminamos con el rosario, las oraciones y los cánticos marianos. Al principio encontré a los esclavos de Bolonia y de Pelletier en una completa ignorancia del fin para el cual el Señor los creó. Les enseñé este fin y las verdades de la salvación. Se alegran al oír hablar de Dios, de su poder, de las maravillas que obra. Al enterarse del castigo que él reserva a los malvados y de la recompensa que él concederá a los buenos, se dedican a hacer el bien para participar un día en la bienaventuranza de los santos.

«No veo ningún resultado del catecismo, salvo, según el informe del director, más regularidad a la hora de rezar juntos mañana y tarde, más exactitud en el trabajo, más sumisión. No hay castañas. Un esclavo ha hecho la Primera Comunión, otros se preparan para ella, así como para el matrimonio.

«Un obstáculo para el catecismo es el poco tiempo de que disponen: sólo tienen sábados y domingos para proveerse, y tienen que trabajar para sus amos de sol a sol... Todavía hay resistencia a la ley en favor de la instrucción religiosa de los esclavos. Sin embargo, quien redactó esta ley sabe muy bien que los esclavos también son susceptibles de mejora y que sólo la religión puede devolverles mejores sentimientos y una moral pura; por experiencia puedo asegurar que pueden obtener inmensas ventajas de los beneficios

del catecismo: del catecismo regular depende su futuro y el futuro de las colonias. Son agricultores: pues bien, si se les instruye antes de la emancipación en la necesidad del trabajo, la agricultura no sufrirá después de la libertad».



Eglise de Basse-Terre

Podemos ver en este relato la pasión del apóstol, los sentimientos fraternales hacia sus «hermanos esclavos», la alegría de las pequeñas conquistas, los planes para la instauración del reino de Dios apoyados en indicaciones muy prácticas, el fruto de sus

experiencias y de sus trabajos.

Terminemos este capítulo sobre la evangelización con una anécdota que muestra el afecto del pueblo por nuestro Hermano Jacinto: *«Las virtudes del hombre de Dios le granjearon una veneración universal. Después de haber enseñado durante todo el día la ciencia de la salvación, una noche volvía a su casa montado en un caballo de fuego que, de repente, se encabritó y, habiéndose deshecho de su jinete, llegó al pueblo con las bridas bajadas. Los habitantes reconocieron inmediatamente el caballo del hermano Hyacinthe. Temiendo un accidente grave, corrieron ansiosos a buscarlo. «Si nuestro santo no está con nosotros, ¿quién nos protegerá de los huracanes y terremotos que nos amenazan sin cesar? Juzguen ustedes mismos su alegría cuando lo encontraron rezando tranquilamente su rosario. Sus gemidos se convirtieron en acción de gracias y, costara lo que*

costara al buen Hermano en modestia, lo condujeron o más bien lo llevaron triunfante a la comunidad». (En Chronique, n.6, 1876)

10- 1848: LA PROCLAMACIÓN DE LA EMANCIPACIÓN DE LOS ESCLAVOS EN LAS COLONIAS FRANCESAS

«Hacia unos cuatro años que el Hermano Hyacinthe, por iniciativa propia, había inaugurado su apostolado entre los esclavos y los prisioneros, cuando un decreto del gobierno de la Segunda República, el 4 de marzo de 1848, anunció la emancipación de los esclavos en un futuro próximo en todas las colonias francesas». En Martinica, este anuncio desató la cólera



y el deseo de venganza de los esclavos, provocando sangrientas revueltas y muertes. Los Hermanos catequistas, en particular el Hermano Arturo, se esforzaron por apaciguar a los esclavos. En Guadalupe todo transcurrió pacíficamente. «Se

proclamó la libertad. Los esclavos no causaron problemas. Bailaron y se acordó que todo aquel que causara desórdenes sería llevado a prisión. Los nuevos libres acudieron en masa a las ceremonias religiosas, llevando en la mano un ramo de flores, gritando con alegría: «¡Viva la República, viva la Religión!».

¿A qué se debe esta diferencia entre las dos colonias? En Martinica sólo había dos catequistas a tiempo completo y sólo llevaban un año trabajando; en Guadalupe había 9 catequistas que llevaban 3 ó 4 años trabajando. Era el cumplimiento de la «profecía» del Hermano Jacinto: había comprendido inmediatamente la importancia de la religión para la moralización de las personas y de la sociedad colonial. Había llevado el

anuncio del Evangelio al mundo de la esclavitud, poniendo patas arriba la vida de los esclavos y de sus amos al introducir una moral de respeto y fraternidad. Los antiguos esclavos habían adquirido la libertad interior y estaban preparados para recibir la libertad civil y social exterior.

Ahora que todo el mundo era libre, los padres querían que sus hijos recibieran una educación para asegurarse un futuro mejor. Las escuelas de los Hermanos se llenaron de chicos que habían pasado a ser libres. «*Desde la emancipación, nuestras escuelas están desbordadas de niños y pronto no sé cómo nos las arreglaremos si no recibimos alguna ayuda*», escribe el Director General de los Hermanos en Guadalupe, el Hermano Paulin. Tuvo que tomar una decisión transitoria: todos los Hermanos catequistas debían ocupar su puesto en las escuelas y dedicarse a la enseñanza. Poco después, el Gobernador aprobó esta medida, que significaba la interrupción de la misión de los Hermanos catequistas. El Hermano Jacinto volvió a ocupar su puesto en la escuela de Basse-Terre. El número de alumnos había aumentado de 250 a 500. Las clases estaban abarrotadas y los Hermanos tenían que ayudarse mutuamente. Se hace cargo de la clase de los niños, con 45 alumnos que crecen día a día. Siempre en paz, dejándose guiar por la voluntad de Dios expresada por los Superiores, nuestro Hermano supo llevar el anuncio de la fe a los niños y jóvenes, no sólo a través del catecismo, sino a través de toda la enseñanza inspirada en la fe: era una educación larga y profunda, que situaba el Evangelio de Jesús en la educación integral de la persona y de la sociedad. Esto es lo que el Hermano Jacinto hizo tan bien.

Al mismo tiempo, se encargaba de la instrucción religiosa vespertina. La emancipación había tenido el efecto de aumentar la asistencia a los sacramentos. En la época de la esclavitud, se necesitaba el permiso de los amos para recibir la Primera Comunión, la Confirmación y, sobre todo, el Matrimonio y el Bautismo de los niños. Ahora este obstáculo ya no existía y la masa de los recién liberados acudía a la iglesia. Era un espectáculo edificante ver a cientos de personas asistiendo a las instrucciones vespertinas, preparándose para los sacramentos mediante

retiros tranquilos y celebrando los sacramentos con ceremonias solemnes. *“Las nuevas familias cristianas y sus hijos bautizados daban un nuevo rostro a la sociedad. «Los nuevos ciudadanos recorren dos leguas por la tarde, después de trabajar todo el día bajo el sol, para venir a nuestras casas a aprender las verdades de la religión.”*

Todo ello suponía una fatiga suplementaria para el Hermano Jacinto, que llevaba a cabo esta tarea con dedicación. Después de una larga jornada pasada en los bancos de una clase numerosa, se dirigía a la parroquia para dar sus instrucciones, que todos escuchaban con atención y meditación.



Todos apreciaban el celo apostólico del Hermano Jacinto, los sentimientos de su fe, la abundancia de imágenes evangélicas, la sencillez con que explicaba las grandes verdades del cristianismo. Los sacerdotes también le tenían en gran estima y contaban con él para los retiros y las misiones parroquiales. De acuerdo con el clero y el Director General de los Hermanos de las Colonias, el Hermano Ambrosio, se le ofreció incluso el sacerdocio. Se pensó que habría sido de gran utilidad tanto en las parroquias como en las comunidades y escuelas de los Hermanos. El Hermano Ambrosio habló de ello con el Fundador; aunque éste reconocía las ventajas de la propuesta, quería un Instituto de religiosos sencillos que permanecieran en la humildad de su santo estado. El Hermano Jacinto aceptó con la mayor obediencia y reanudó serenamente el trabajo por la gloria de Dios y la salvación de las almas» en sus ocupaciones ordinarias.

11- Hno. JACINTO, UN «PEQUEÑO SANTO» EN BASSE-TERRE: MAESTRO, DIRECTOR DE ESCUELA, CONSEJERO Y AMIGO DEL PUEBLO

En 1851, el Hermano Jacinto es nombrado director de la escuela de Basse-Terre. Sustituía al Hermano Hervé, que había regresado a Francia para un periodo de descanso y luego había sido enviado a Martinica. Nuestro Hermano no estaba acostumbrado a las funciones administrativas, pero en poco tiempo hizo desaparecer todos los temores. *«El establecimiento de Basse-Terre va muy bien. El Hermano Jacinto lo dirige maravillosamente: los Hermanos están bien en comunidad y el Hermano Jacinto da ejemplo en todo y en todas partes. Los Hermanos son celosos y muy regulares; la caridad reina entre ellos; se prestan ayuda y apoyo en todo»*. Tras los «años de fuego» de la evangelización de los esclavos y de las grandes masas, vinieron los años oscuros de actividades más ordinarias: fueron los años de la formación interior, de la fecundidad de la humildad.



El Director tenía su trabajo y sus problemas en una sociedad colonial que quería conservar sus privilegios. Tuvo que luchar contra las medidas que alejaban a los jóvenes esclavos de la educación: abrió la escuela gratuita a muchos niños pobres, había creado sucursales en el campo, defendió las escuelas de los Hermanos ante las autoridades. Naturalmente, continuó con su gran clase y dirigió las clases nocturnas.

En 1854, la administración decide reanudar la institución de los Hermanos como catequistas en los hogares, para continuar la labor de



El Obispo Mgr Augustin Forcade

moralización de los nuevos ciudadanos y mantenerlos cerca de su lugar de trabajo. El Hermano Hyacinthe se sintió recordado de su antiguo apostolado. Pero el director no le permitía retomarlo: era demasiado valioso para la escuela. Además, se había convertido en secretario y coadjutor del Hno. Paulin, superior de Guadalupe. Paulin, superior de Guadalupe. Además, su salud empezaba a ceder por la enorme fatiga que había soportado en las Colonias: le atormentaba una pertinaz disentería. Sin embargo, en el fondo lamentaba tener

que abandonar las tres misiones que le habían quedado más cercanas: la pequeña congregación mariana, el catecismo para los esclavos y las visitas a los prisioneros. Tuvo que pasarlas, no sin dolor personal, a otras manos, asumir otras cargas *«bajo las cuales tal vez mis débiles fuerzas se verán obligadas a sucumbir, pero al final se hará la voluntad de Dios»*.

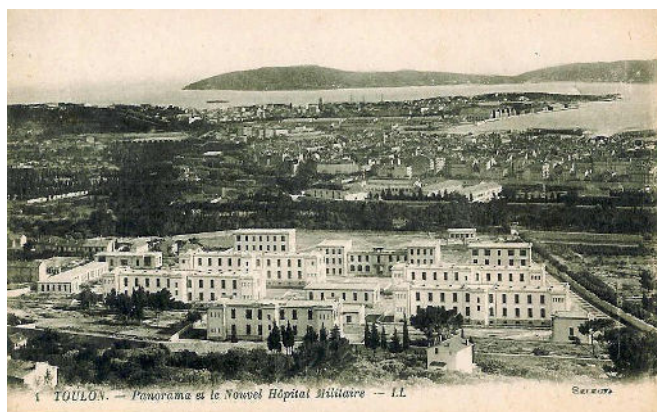
Además de la enseñanza diaria, de la dirección de la escuela y de la comunidad, y de las instrucciones nocturnas, siempre repletas, tenía todavía mucho que hacer: los Hermanos catequistas le tomaban como modelo y le pedían consejo; los Hermanos enfermos acudían de buena gana a restablecer su salud y descansar en su comunidad; los sacerdotes de las parroquias del Carmelo y de San Francisco, e incluso el nuevo obispo, Mons. Forcade [futuro obispo de Sainte-Bernadette en Nevers], buscaban continuamente su ayuda; la gente acudía a él para pedirle consejo y oraciones por sus miserias del corazón. Continuamente buscaban la ayuda de Forcade [futuro obispo de Sainte-Bernadette en Nevers]; la gente se dirigía a él para pedirle consejo, para solicitar sus oraciones, para abrirle las miserias de su corazón. Todos le consideraban un verdadero santo, el

obispo y los sacerdotes, la administración y el pueblo, los antiguos amos y los antiguos esclavos. El recurso a sus oraciones producía siempre frutos de paz, de conversión y, a veces, de verdaderas gracias. Por ejemplo, un padre le pidió que rezara por su hijo, que se había extraviado en los bosques de la isla y había sido buscado en vano durante tres días. Tras recurrir a las oraciones del Hermano Hyacinthe, el padre lo encontró y, lleno de alegría, exclamó: ¡He encontrado a mi hijo gracias a las oraciones del «santo» Hermano Hyacinthe!

De hecho, su retrato espiritual (Chronique, n.6) mostraba algunas bellas virtudes: Caridad divina: estaba lleno de celo por la salvación de las almas. Obediencia: se sentía como arcilla en manos de la Providencia y de los Superiores. Humildad: deseaba ocupaciones más bajas y arduas. Alegría: estaba alegre en todas partes. Devoción a la Eucaristía: pasaba todos los momentos que podía al pie del altar. Devoción a la Santísima Virgen: tenía en ella una confianza ilimitada, un amor filial, y ponía su apostolado bajo su protección.

12 - 1860: EL RETORNO, UN CAMINO DE CRUZ Y RESURRECCIÓN

«Desde su llegada a las Antillas, veinte años antes, nunca había pedido permiso para ir a pasar unas vacaciones a su país natal, lo que sin duda le habría devuelto las fuerzas. El hno. Paulin creía que no era demasiado tarde



Hospital militar de Toulon

y que el clima de Francia aún podía salvarlo. Obediente hasta el final, el Hno. Hyacinthe se embarcó el 14 de junio de 1860, al final del curso escolar, con destino a Tolón (Francia).” El viaje resultó ser un verdadero vía crucis.

Había sido embarcado en un buque de guerra equipado con asistencia médica y destinado al puerto de Tolón, donde había un hospital militar. La travesía fue dolorosa. Cuando desembarcó, cayó exhausto y se desmayó. Fue trasladado al hospital, donde recibió la extremaunción. Milagrosamente, seguía vivo: *«el médico dijo que el cuerpo del paciente estaba ya medio disuelto»*. En estas circunstancias, se dirigió a la Divina Providencia la siguiente súplica: *«Oh Dios mío, que tenga el consuelo de volver a la Casa Madre, y entonces, si te place, dejarás que tu siervo se vaya en paz; pero, sobre todo, que se cumpla tu santa Voluntad»*.

Contra todo pronóstico, su plegaria fue escuchada. Pero de Toulon a Ploërmel hay casi 1.000 km. El viaje en autocar fue largo y penoso: se enamoraba a cada instante. Finalmente llegó a la Casa Madre de Ploërmel, donde tuvo el dulce placer de abrazar al venerable Padre y a algunos de los Hermanos que había conocido. Dos días después de su llegada, como el «tercer» día de Pascua, se durmió plácidamente en el abrazo del Señor. La Pascua de Jesús resucitado se había realizado en él.



La fama de santidad de este pequeño y humilde Hermano nunca se extinguió en el Instituto. Su ejemplo inspiró a muchos Hermanos misioneros que llevaron la Buena Nueva a todas las partes del mundo. En

su humildad, el recuerdo del Hermano Hyacinthe se desvaneció un poco. Tuvo que abandonar la tierra de Guadalupe antes de su muerte y, en la tierra donde había pasado 20 años, no pudo dejar sus restos mortales. No permaneció mucho tiempo en su Plounéour-Ménez natal, en Finistère, que abandonó a una edad temprana. Fue enterrado en el cementerio de los Hermanos en Ploërmel, pero debido a los acontecimientos de la secularización sus restos fueron dispersados. Sin embargo, el Hermano Hyacinthe dejó un inolvidable testimonio de «santidad» en el Instituto, en la memoria de los pobres y, sobre todo, en el corazón de Dios. Es de esperar que un día sus virtudes heroicas y su apostolado sean reconocidos oficialmente por la Iglesia.